



# EL OCASO DEL ANTIGUO RÉGIMEN EN LOS IMPERIOS IBÉRICOS

## Capítulo 15



Scarlett O'Phelan Godoy / Margarita Eva Rodríguez García  
Coordinadoras

Esta publicación es resultado del proyecto de investigación y desarrollo «El final del Antiguo Régimen en los Imperios Ibéricos. Perspectivas comparadas y conectadas» (2013-2015), en el que participaron la Pontificia Universidad Católica del Perú, el CHAM – Centro de Humanidades de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidade NOVA de Lisboa y de la Universidade dos Açores (Portugal) y la Universidad Pablo de Olavide (España).

*El ocaso del antiguo régimen en los imperios ibéricos*

Scarlett O'Phelan Godoy y Margarita Eva Rodríguez García (coordinadoras)

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

© CHAM – Centro de Humanidades

Faculdade de Ciências Sociais e Humanas, Universidade NOVA de Lisboa

Universidade dos Açores

Sede administrativa: Avenida de Berna, 26-C, 1069-061 Lisboa, Portugal

cham@fcs.unl.pt

www.cham.fcs.unl.pt

Apoyo:

**FCT**

Fundação para a Ciência e a Tecnologia

MINISTÉRIO DA CIÊNCIA, TECNOLOGIA E ENSINO SUPERIOR



El CHAM (NOVA FCSH – UAc) es financiado por la Fundação para a Ciência e Tecnologia a través del proyecto estratégico UID/HIS/04666/2013

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Imagen de portada: *Las cuatro partes del mundo*, de Juan Correa Sotomayor (Ciudad de México, hacia 1646-1716). Colección Museo Soumaya. Fundación Carlos Slim, Ciudad de México.

Primera edición: octubre de 2017

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-12988

ISBN (Perú): 978-612-317-299-2

ISBN (Portugal): 978-989-8492-54-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361701087

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

**«EN LAS COLOSALES MONTAÑAS DEL PERÚ  
DONDE LE ES DADO AL HOMBRE CONTEMPLAR A UN MISMO  
TIEMPO TODAS LAS ESPECIES DE PLANTAS DEL MUNDO»  
EL INTERÉS DE LA EUROPA ILUSTRADA POR LAS RIQUEZAS  
BOTÁNICAS AMERICANAS**

*Sandro Patrucco*

Pontificia Universidad Católica del Perú

En 1791, Hipólito Unánue publicaba en el tomo segundo del *Mercurio Peruano* una *Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú*. No fue este un intento aislado de relacionar a la lectoría con el tema botánico, pues fue el primero de una serie de contribuciones del *Mercurio* que intentaban acercar a los lectores a los secretos de la ciencia de Linneo. Tampoco redujo Unanue sus esfuerzos a las páginas del *Mercurio*. Convencido de la importancia de esta disciplina en la reforma curricular del Colegio de Medicina de 1808, dividió el curso en Botánica sistemática, Botánica filosófica y Botánica agrícola, e incluso le incorporó prácticas obligatorias todos los jueves en el Jardín Botánico.

Pretendía Unanue mediante este artículo «enseñar las funciones» de la botánica, pero antes de empeñarse en aquella labor consideraba necesario «describir su historia ponderando su utilidad». No olvidaba recomendar a los que desde ya quisieran profundizar en su conocimiento la lectura de Seguíer y Montalbani, Tournefort, Bernaldes y José Quer, considerados los pilares de esa ciencia en el momento. Para situar al lector en el tema, empezaba el artículo dando una visión panorámica de la historia de la botánica en el Perú desde las épocas de la paganidad entre los habitantes indígenas del país, «a los que debemos reputar [...] por padres y fundadores de la botánica en el Perú [...]», pasando luego a una serie de personajes de los siglos XVI y XVII en el Perú: cronistas, médicos y catedráticos de medicina a los cuales se debían descripciones de plantas valiosas, tornando luego a los viajeros y expedicionarios franceses del temprano siglo XVIII y terminado la descripción con las expedición de Ruiz y Pavón y la de Malaspina época a la que denomina «Era de la botánica en el Perú» (Calero y Moreira, 1964, II, pp. 68 y ss.).

En efecto, correspondería al padre de la orden de los Mínimos, Louis Enconches Feuillée (1660-1732), abrir el siglo de la botánica el Perú con su llegada a estas tierras en 1710. Aunque el propósito de su viaje tenía un amplio espectro de encargos oficiales que iban desde mediciones celestes hasta presumible espionaje, su incontenible curiosidad le llevó a descubrir la llamada corriente de Humboldt, realizar curaciones complejas e imponerse pesquisas botánicas, para descubrir su uso y «hacer la guerra a las enfermedades [...] procurando un público provecho de estas bien conocidas minas vegetales del Perú» (Feuillée, 1714, p. III). Entre las muchas plantas que describió según el método de Pitton de Tournefort, registró una treintena de especímenes concernientes al Perú, muchos de ellos herborizados en los jardines, huertas y calles limeñas. Prestó, sí, mucha atención al conocimiento de los indígenas en la materia, considerándolos depositarios de una riquísima tradición. Por sus distintas observaciones, entró en polémica con Frezier, quien viajaría por estos territorios menos de un lustro más tarde, y aunque este marino venía a inspeccionar fortificaciones y puertos, no descuidó mencionar algunas variedades botánicas útiles para la medicina y la industria. Lo importante de las imprecisas descripciones y nomenclaturas de Feuillée fue que se convertiría en el referente obligado en saberes sobre flora peruana en el entorno de la Academia de las Ciencias parisina, y su muerte fue uno de los ingredientes que animó a la realización de la expedición de La Condamine (Pelayo, 2003, p. 37).

La expedición geodésica de 1734, conformada por el astrónomo Louis Godin, el geógrafo Charles de La Condamine y el botánico y naturalista Joseph de Jussieu, entre otros, y acompañados por los jóvenes marinos españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa, realizó la medición del arco terrestre en Quito, pero La Condamine pudo desviarse de su área de trabajo para internarse en la región amazónica en busca de la ansiada chinchona o quina. Su Memoria *Sur l'arbe du quinquina*, dejó testimonio de este viaje que le permitió recoger especímenes de la quina e intentar una fallida aclimatación en Francia. Sus dibujos le permitieron a Linneo clasificar la chinchona en 1742. Consciente Condamine de su poca preparación en el tema, pidió ayuda a Jussieu, quien solo pudo seguir los pasos de La Condamine en los años siguientes. Jussieu acabaría redactando su propia *Description de l'arbre a quinquina*, que recién se publicó en 1936 (Lafuente & Estrella, 1993, p. 18).

En 1776, una nueva expedición hispano francesa proyecta visitar el Perú. El componente francés de esta expedición era el reconocido médico y naturalista Joseph Dombey, quien nuevamente estará acompañado por una contraparte española: los jóvenes e inexpertos expedicionarios Hipólito Ruiz y José Pavón puestos a cargo de la empresa. Con ellos llegaría por vez primera al virreinato la llamada botánica sexualista o sistema linneano, desplazando la metodología de Tournefort. La expedición estuvo llena de desencuentros, y los exploradores difícilmente pudieron

coordinar sus trabajos. Las instrucciones secretas francesas giradas a Dombey por el ministro Turgot encaminaban la búsqueda a nuevas especies alimenticias que pudieran ayudar a combatir las agudas crisis agrícolas francesas. Entre los muchos encargos entregados a Dombey estaba, además, la búsqueda de los papeles perdidos de Jussieu, quien permaneció por muchos años en territorios americanos dedicado a la investigación y que no pudo repatriar el fruto de sus investigaciones debido a un cúmulo de contratiempos. Dombey remitió algunos papeles (Hamy, 1905, p. 36), e incluso pudo recuperar del anatomista limeño Francisco Rúa «un pequeño manuscrito que describía el rapónico y otras plantas» y en sus cartas señaló «yo podré luego descubrir el paradero de otros de sus manuscritos y se los podré alcanzar». Sin embargo, la mayoría de los papeles se habían ya dispersado sin remedio. Idéntica intención tendría la relación que mantuvo con Jean de Bordenave, canónigo en Lima pero natural de la localidad pirenaica de Bearn, quien había sido amigo y confidente de Jussieu durante su estancia en esta capital. El bearnés tuvo muchos gestos de deferencia con Dombey, e incluso lo invitó incluso a alojarse en el colegio limeño que el dirigía (Hamy, 1905, p. 36). Igualmente dispersos acabaron los apuntes de Dombey, quien a su regreso a Francia sufrió un agudo cuadro de paranoia, y aunque felizmente sus herbarios quedaron en poder del conde de Buffon, quemó todos sus escritos peruanistas. Los españoles Ruiz y Pavón, en cambio, recibieron encargos referidos a la quina y otros febrífugos y anti venéreos. Hipólito Ruiz finalmente daría a conocer más de trece variedades de la quina (entablando un largo debate con Celestino Mutis), y sus descubrimientos fueron publicados en su célebre *Quinología* (1791) y *Suplemento a la quinología* (1801). Ruiz, además, describió otras especies como coca, canchalagua, calaguala y bejuco de la estrella, especies todas con virtudes medicinales. La gran labor de esta expedición, que se coronó con la publicación de la *Flora peruviana et chilensis* solo se pudo lograr mediante la permanencia por más de veinte años de los agregados botánicos a la expedición Tafalla, Pulgar y Manzanilla, quienes completaron muchos de los vacíos que los problemas del trabajo a la distancia ocasionaban a los expedicionarios ya radicados en Madrid (González Bueno & Rodríguez Nozal, 2003, pp.103 y ss.).

La expedición Malaspina, que pretende imitar la circunnavegación del capitán Cook, se desenvuelve alrededor del mundo entre los años 1789 y 1794. Malaspina, acompañado por los naturalistas Haenke y Nee, recorrerán transversal y longitudinalmente el subcontinente, llegando a recoger enormes cantidades de especímenes. Unanue vaticinaba «los resultados de esta expedición harán más visible al Perú [...] por el conocimiento de su estado, [...] de su agricultura y su historia natural» (Calero y Moreira, 1964, II, p. 29). Tal vez Unanue pecó de optimista; muchos de los resultados de la expedición no serían dados a conocer sino hasta largo tiempo después y gran cantidad de sus especímenes acabaron en zonas tan

lejanas como Inglaterra o Bohemia. Cuando la expedición retorna a España, ha estallado la Revolución Francesa y las demás potencias recelan de todo y de todos. Es conocido el triste destino de Malaspina, quien deberá purgar prisión a su retorno, y la fría recepción a los demás miembros extranjeros de la expedición.

Cierra este ciclo de grandes exploraciones el paso de Alejandro de Humboldt en 1801. Comparte el interés por la flora con su acompañante de viaje Bonpland, con el que había recogido más de 3734 variedades botánicas hasta su llegada a Lima. Humboldt reconocía su deuda a su compañero: «más de dos tercios de las descripciones se deben únicamente a la asiduidad del ciudadano Bonpland al cual no puedo menos que admirar el celo y la dedicación para el progreso de las ciencias. Los Jussieu, los Desfontaines y los Lamarck han formado un discípulo que irá muy lejos [...]» (Humboldt, 1980, p. 90). Durante su corta estadía en Lima y mientras el tema de la flora peruana era recurrente en las conversaciones de los científicos y sus amigos locales, hicieron algunas excursiones a lugares cercanos, como las ruinas de Pachacamac, en cuyo camino «herborizaban sin cesar». Estas recolecciones fueron realizadas con especial cuidado: «no hay vegetal del cual no podamos indicar la roca donde habita y la altura en toesas que alcanza, de manera que la geografía de las plantas alcanzará en mis manuscritos materiales muy exactos. Para hacerlo aun mejor, el ciudadano Bonpland y yo hemos descrito las plantas por separado» (p. 91).

Del paciente estudio de sus especímenes y su sistematización, logrará integrar las distintas disciplinas científicas desarrollando «la geografía de las plantas, un sistema de clasificación y distribución de los vegetales fundado en su distancia al ecuador y en su elevación sobre el nivel de los mares» (Humboldt, 1851, I, p. X). En otra parte de su inmortal *Cosmos*, planteaba la idea de lo que hoy se conoce como regiones ecológicas: «en las colosales montañas [...] del Perú surcadas de valles profundísimos, le es dado contemplar al hombre a un mismo tiempo todas las familias de las plantas [...] allí por último los climas y las zonas vegetales cuya sucesión aquellos determinan, se encuentran superpuestos a manera de pisos [...]» (p. 27).

## 1. POTOSÍ AL QUE ACUDEN TODOS LOS SABIOS: LOS REPOSITARIOS LOCALES

Otra mina informativa aprovechada por los naturalistas fue el acudir a las tradiciones locales sobre los usos de las plantas. Así, fue de vital importancia el contraste realizado entre los curanderos y yerbateros indígenas. El testimonio de Feuillée nos ayuda a comprobar este interés por profundizar en la sabiduría local, la cual se hundía en la noche de los tiempos, ya que: «Pachacutec regaló a sus súbditos el conocimiento de las plantas y ordenó a su población que reportaran los usos médicos

de las plantas. Fue uno de sus principales objetivos el averiguar sus usos médicos [...] y su saber ha pasado de padres a hijos incluso después de la destrucción del Imperio de los Incas y se conserva aún hoy» (Feuillée, 1714, p. 707).

En el mismo sentido, ochenta años después el *Mercurio* agregaba dentro del cuadro de la evolución de la botánica:

[...] pues en este reino hay muchas yerbas medicinales para muchas enfermedades y heridas las cuales conocen los indios mejor que los médicos y con ellas se curan sin haber menester de médicos y lo muestra la experiencia que muchas personas desahuciadas ya de médicos se van al Cercado y a Surco, pueblos de indios [...] a que los curen indios y alcanzan la salud que no les dieron los médicos [...] por lo que debemos reputar a los indios por los padres y fundadores de la botánica del Perú (Calero y Moreira, 1964, II, p. 7, n. 3).

Paralelamente, hubo una serie de repositorios en los cuales el conocimiento botánico académico fue registrándose y transmitiéndose de generación en generación. Resulta interesante hallar evidencias de las colecciones documentales que los cosmógrafos guardaban en sus casas, suerte de centros de documentación que fluctuaban entre el ámbito público y privado.

El archivo, biblioteca y laboratorio de Juan Ramón Koenig (1625-1709) tuvo especial fama por su riqueza. Este Cosmógrafo Mayor, antiguo jesuita flamenco secularizado, logró reunir una biblioteca de 755 volúmenes (Tauro, 1987), múltiples instrumentos matemáticos y una gran cantidad de papeles. Decía su sucesor Cosme Bueno: «En tiempo del Duque de la Palata se pidió la relación de cada Provincia a sus respectivos Corregidores. Entregáronse al Doctor Don Juan Ramón (Koenig), Catedrático de Prima de Matemáticas, el cual no pudo desenredarse de las contradicciones que en materia de geografía halló en ellas y así nada se hizo» (Bueno, 1951). La confusión de sus archivos debió ser grande, pues tampoco se conocen ejemplares de las observaciones astronómicas que en razón de su cargo debió publicar en los años previos a su muerte.

El botánico y fraile mínimo Louis Feuillée relata cómo, estando en Lima en 1709, fue muy visitado por Jean Reymond Conikus, «a quien yo conocía por reputación, y fue uno de los primeros de los que recibí este honor». Pronto se estableció esa complicidad propia de los investigadores y Koenig le permitió hacer uso intensivo de sus abundantes materiales. Este «robusto anciano de 84 años que camina sin bastón» murió de violenta apoplejía y le dejó sorpresivamente como heredero de sus papeles e instrumentos científicos (Feuillée, 1714, p. 433).

La tragedia de los materiales de Koenig se desarrolló en varios actos. Avisados los criados de su muerte aprovecharon la ausencia de Feuillée, que a la sazón conducía sus investigaciones en Ilo, para quemar el precioso legado aduciendo que

entre esos papeles se guardaban secretos «que ningún hombre debía leer» (Núñez, 1989, p. 84). Las llamas consumieron preciosas informaciones que «privaban al público de un conocimiento de todo el Perú pues Juan Ramón hizo por orden del Rey la carta de todas las provincias mediante muchos viajes a las tierras altas, pero estaban (los papeles, los datos) muy embrollados [...]» (Feuillée, 1714, p. 433). Maliciamos que probablemente el recelo local frente al curioso fraile llevó a que los materiales se escondieran para impedir que pasaran a manos de un extranjero.

Feuillée, sin embargo, logró salvar los instrumentos matemáticos legados por Koenig en su testamento llevándolos a su casa. Muchos habían sido realizados por las mismas manos del sabio, y destacaba entre ellos «una gran pieza de plata en la que se había grabado una carta geográfica de todo el nuevo continente donde aparecía exactamente la distancia de un punto a otro según la longitud y latitud, algo tan exacto como jamás se había hecho en su tiempo». Pero corta fue la satisfacción de tal salvamento, pues a los pocos días «apareció el ejecutor testamentario y le informó que debía devolver los instrumentos para que fueran vendidos juntos con la biblioteca para cubrir las deudas de Juan Ramón (Koenig), que eran muchas» (Feuillée, 1714, p. 433).

También el padre Feuillée dejó información e instrumentos que permanecieron en el país. Jorge Juan narra en sus «Observaciones astronómicas y físicas [...] de las cuales se deduce la figura y magnitud de la Tierra», que en 1737, coincidiendo en Lima con M. La Condamine, «hicimos juntos varias observaciones de latitud, con un cuarto de círculo (sextante) y con otro semejante que fue del Padre Feuillée [...] con los cuales se estableció (a pesar de su pequeñez) la latitud de Lima con bastante seguridad [...]» (Juan & Ulloa, 1748, p. 40), con lo que se puede comprobar que un cuarto de siglo luego de la partida de Feuillée, había interesados, que guardaban cuidadosamente su instrumental.

Sucesor en el encargo cosmográfico sería años más tarde el aragonés Cosme Bueno (1711-1798), autor en razón de su cargo de la serie «El conocimiento de los tiempos». Desde 1741 tenía el encargo del Virrey Marqués de Villagarcía para la formación de descripciones de todas las provincias del Perú, que salpicó de numerosos datos científicos, demográficos, económicos, políticos y botánicos. De este encargo surgiría la *Descripción del Perú*. El médico y matemático Gabriel Moreno, su sucesor en el cargo, escribió en su «Elogio» que el Cosmógrafo Mayor Cosme Bueno había recopilado una colección ingente de documentos de todo tipo que pensaba emplear para realizar su *Geografía del Perú*:

[...] será difícil que alguno de sus sucesores acopie la multitud de noticias, cartas y papeles que el había recogido para perfeccionarla (la geografía del Perú). Avaro de todo lo que en algún modo podía servirle, su casa era por esto

el Potosí donde ocurrían todos los sabios que venían de Europa a surtirse de noticias; pero el no daba sino a mutuo, desentrañándoles de cuantos papeles podía (Odrizola, 1872, p. 8).

La hipótesis de los papeles escondidos a Feuillée no parece tan antojadiza cuando el propio Cosme Bueno, hablando de la labor Koenig y sus papeles, señala:

[...] para no verme en el mismo conflicto (de la confusión de los datos y los documentos remitidos desde las cuatro esquinas de virreinato a Koenig) he procurado consultar a muchos sujetos por lo respectivo a cada Provincia, a fin de adquirir más noticias y verificar las ya adquiridas. De este modo espero espedirme lo menos mal que pueda... (Bueno, 1951, p. 14).

Resulta extraño que habiendo llegado Bueno al Perú en 1730, es decir más de dos décadas después de la supuesta desaparición de la mencionada documentación, hablara con tanta cercanía del archivo, sus nudos y contradicciones y del método por él utilizado para rectificarlo y completarlo con nuevas informaciones, siendo un corpus que de haber sido incinerado no hubiera podido conocer más que por vagas referencias.

Pero Bueno no solo conservaba dichos papeles, sino que además «se hizo igualmente dueño de los instrumentos que en diversas partes del Perú habían dejado los sabios viajeros. Nótanse entre estos el cuadrante que sirvió a los académicos franceses para las dimensiones de Quito y el que uso el doctor Feuillée» (Odrizola, 1872, p. 8).

También se mantuvieron en esta capital, junto con su cuadrante, parte de las informaciones de Feuillée. Así, Cosme Bueno, al publicar el *Almanaque peruano y guía de forasteros de 1758 y 1759*, incluyó una *Disertación sobre la naturaleza físico experimental del agua y sus propiedades*, cuya segunda parte dedicó al estudio de las bebidas calientes y sus efectos, en las que abundaba en las características de especies tales como el mate, el te, el café y el cacao, aludiendo a una extensa información sobre su naturaleza. Incluyó una completa bibliografía bastante contemporánea sobre lo que pensaban los académicos franceses y españoles, llegando incluso a citar al botánico francés M. de Jussieu, quien se hallaba o había estado presente en Lima por una larga temporada. En el caso del mate, incluye alusiones a los estudios de Feuillée y las especies de mate por él bautizadas, señalando variedades limeñas, en especial la naranjita de Quito o yerba mora, «*solanum* amplísimo, angulosa, *hirsutoque folio, fructo aureo* máximo» descrita por el padre Feuillée «que tengo observada muchas veces que es infestísima a los nervios por un ácido penetrante que tiene y que se insinúa fácilmente». De hecho, el padre Feuillée examinó varias especies aclimatadas a Lima de dicha planta «con las que los limeños substituyen la dicha yerba del Paraguay» (Feuillée, 1714, p. 1713; Odrizola, 1872, p. 319).

Cosme Bueno mantuvo activo contacto y colaboró con los expedicionarios que llegaron al Perú en las últimas décadas del siglo XVIII. Recibió «con sumo agrado y celo y actividad» a Hipólito Ruiz y a José Pavón, que le dedicaron una de las especies recién descubiertas bautizándola como *Cosmibuena Balzamifera*, en razón de ser ejemplo de «raro entendimiento y mucho saber». Tampoco rehusó su compañía y consejo Alejandro de Malaspina, con quien comentó aspectos de su recién aparecida *Geografía del Perú* (Núñez, 1995, p. 196).

De gran interés debieron ser algunas de las bibliotecas conventuales. La Condamine menciona que entre los libros de la Botica del Colegio de los jesuitas pudo encontrar *De cortica cinide chinae chinae et de loxa etsi diversorum arborum uniformis virtutis*, por el limeño Diego de Herrera, que le fue de suma importancia para su estudio de la chinchona, al punto que pasó varios días buscando una anunciada obra mayor del mismo autor que no pudo localizar. Es de presumir que entre los demás libros de la Botica de San Pedro no debía faltar selecto material botánico tanto local como extranjero (La Condamine, 1993, p. 210). El convento de franciscano de Ocopa visitado por Hipólito Ruiz y sus dibujantes resulto interesante por «su buena biblioteca» y por el conocimiento de sus religiosos quienes le explicaron la vía más adecuada para adentrarse en el bosque tropical desde Tarma (Steele, 1964, p. 93).

Resulta interesante señalar una serie de encuentros que los expedicionarios tuvieron con botánicos viajeros que hallaban en estas latitudes y no pertenecían a ninguna empresa grandilocuente sino que llegaban por sus propios medios atraídos por las riquezas vegetales del país. Así el Mercurio menciona a los licenciados Calderón y Robles, que «escribieron un libro sobre las plantas de este Reino» (Calero y Moreira, II, p. 65). Por su parte Feuillée señala al médico flamenco «cuya sólo curiosidad había atraído a las Indias, llegó a Lima luego de dos años de viajar por las tierras de adentro con el deseo de descubrir nuevas plantas y se informó de todo lo que nutría esa curiosidad y me contó muchos fenómenos [...] estuvo en las montañas del Bombón y descubrió la célebre planta Machas de gran importancia para las mujeres infértiles» (Feuillée, 1714, p. 457). Creemos que este médico flamenco era Alejandro Durand. Estando en Lima, Dombey coincidió con Jean Baptiste Leblond, botánico y naturalista francés que sería comisionado para buscar árboles de la quina en la Guyana y el recién descubierto platino, que los franceses ansiaban estudiar. Probablemente su estancia en Lima obedeciera a estudios preparativos para la búsqueda de la chinchona y la adquisición del ignoto metal (Hamy, 1905, p. 123).

Los jardines y huertas limeñas sería lugares favoritos de estos viajeros durante sus herborizaciones. En realidad no había rincón, por pequeño que fuera, que no brindara ejemplares interesantes, como los matorrales que rodeaban las murallas

de Lima o los fangales al costado del Rímac que al padre Feuillée brindaron más de una especie interesante. Las plantas de los caminos no resultaban menos atractivas, Hipólito Ruiz nos confiesa «principiamos nuestras excursiones en los ejidos de Lima, chácaras y pueblos de la provincia del Cercado, caminando a pie con las carteras bajo el brazo para recoger en ellas las plantas que se nos presentaban [...] esto causó en los naturales gran admiración [...] y en todas las calles y en todos los sitios de las campiñas se pasaban a observar con atención y extrañeza singular señalándonos con el dedo y llamándonos brujos yerbateros» (Ruiz, 1952, p. 3). Pero, sin duda, los jardines en los que se buscaba la diversidad botánica resultaban verdaderas bibliotecas naturales. Feuillée habla con admiración del jardín del Convento de los Descalzos en el Rímac, «donde tienen infinidad de árboles raros, innumerables que sería largo de enumerar aquí» (Feuillée, 1714, p. 497). Ruiz menciona, en el mismo sentido, el Jardín del Colegio Jesuita de San Pablo, e incluso huertas privadas como la de Bravo de Castilla, «gran aficionado a la botánica», o como la del Prior de Consulado Sr. Ascona, quien en su jardín vio plantas traídas de Otaiti (Tahiti), una célebre por su corteza textil y hasta un ejemplar del árbol de pan (Ruiz, 1952, p. 198). Años más tarde el Mercurio Peruano señalaba: «en nuestra Capital [...] no han faltado curiosos Patriotas que de aquí a treinta años a esta parte hayan trabajado en adornar nuestro fecundo país de cuanto han podido adquirir del reino vegetal Para sus jardines [...] han sido innumerables las (especies) recabadas» (Calero y Moreira, 1964, XI, p. 165). Así, menciona al oidor Echavertz, a Jaime Palmer y Pedro de la Presa como grandes interesados en esta introducción para poblar sus jardines. El articulista menciona de una manera imprecisa una cifra superior a las dos centenas de especies foráneas aclimatadas en Lima.

Un importantísimo espacio de acopio de materiales y actividades científicas fue la casa de Reposo de los Curas de la Buena Muerte, ubicada en los predios del actual museo de Arqueología, de la Magdalena Vieja, apacible y rural reducción indígena que más tarde sería bautizada, en razón de la Independencia, como Pueblo Libre. Dicho convento se convertiría en un lugar privilegiado para la investigación de los naturalistas; de este modo pasaron por allí los viajeros Jorge Juan y Antonio de Ulloa (c.1740), los botánicos Hipólito Ruiz y José Pavón (c. 1780) y la expedición Malaspina (c. 1790) (Núñez, 1995, p. 194).

En efecto, Hipólito Ruiz menciona repetidas veces en su *Relación* la retirada casa de los «agonizantes». Vio en ella la *Cerbera Salicifolia*, «entre otras varias plantas curiosas y exóticas cultivadas por el R.P. Francisco Gonzales Laguna en su jardín de la Buena Muerte de Lima» y al examinar la *Limonia Trifoliata* o limoncillo de la China, en el Colegio de San Pablo, pensó que era un ejemplar único en Lima pero recordó haber visto otro espécimen en la Buena Muerte. Fue en este jardín en el que el padre Gonzales Laguna logró aclimatar el bejuco de la estrella para

que floreciese dos veces al año (Steele, 1964, p. 133). Poco antes de embarcarse Hipólito Ruiz rumbo a Cádiz, «mandó arreglar las macetas para transportar plantas vivas depositadas en el jardín de la Buena Muerte al cuidado del RP Gonzales Laguna que con el mayor esmero las había cultivado desde que se las remitieron de Huancavelica [...]» (Ruiz, 1952, pp. 365-366).

La recolección de los Agonizantes brindaba facilidades para establecer un laboratorio experimental y para consultar los libros y los documentos en la rica biblioteca que la Orden allí mantenía. La conoció Malaspina en su primera escala en Lima en 1787, acaso antes de que imaginara su gran expedición, y llegó a discutir con los técnicos, «entre ellos los padres de la Buena Muerte, Tomás Méndez Lachica y Francisco Romero, la posibilidad de establecer en la Magdalena un observatorio astronómico que sirviera a la navegación y la ciencia» (Núñez, 1995, p. 193).

Años más tarde, en 1790, al aportar al Callao la expedición Malaspina, ya se había «suplicado al virrey interponer su buen influjo con los Padres de la Buena Muerte para que nos dejaran establecer el real en su casa de la Magdalena», y así las instalaciones fueron totalmente cedidas a los expedicionarios. Entonces se enviaron al dicho emplazamiento «todos los instrumentos astronómicos y geodésicos, los acopios de historia natural, la mayor parte de los libros y los planos» (Malaspina, 1989-1994, II(1), p. 167).

En cierta forma, más allá de las conveniencias de la ubicación, clima e instalaciones de la Recolección de los Agonizantes, su importancia residió en que sustituía la ausencia del Jardín Botánico de Lima, que se crearía tardía y vacilantemente hacia la última década del siglo XVIII, a imitación del de Madrid (1755), que actuó como modelo y con el que se mantenía un constante intercambio. En cierta forma, serviría como estación para la aclimatación de las plantas que se enviarían a la Metrópoli. Este interés manifestado por las autoridades españolas se podía ver reflejado en la siguiente Instrucción de 1779: «Si cada paquebot del correo marítimo trajera un cajón con algunas plantas de aquellas regiones nos haríamos dueños en pocos años de la mayor parte de las riquezas vegetales de la América Española que tienen sobre los minerales la ventaja de poderse propagar y multiplicar al infinito una vez poseídas y connaturalizadas» (González Bueno & Rodríguez Nozal, 2003, p. 108).

Incluso se imprimieron folletines en los que se explicaba el modo como debían transportarse plantas vivas. Y por si esto fuera poco, en Lima, el 14 de marzo de 1783, aparecía la Real Orden: «Con la idea de ir propagando en estos Reynos todos los árboles, y plantas útiles de nuestras Indias, ha destinado el Rey varios parages de las Provincias de España e Indias en que se siembren, y trasplanten quantos vengan de esos dominios como también las plantas medicinales».

El *Mercurio Peruano* definía la misión del novísimo jardín limeño como «impedir la extinción de las especies derramadas en él y mantener un giro perpetuo entre las montañas, Lima y el Jardín de Madrid» (Calero y Moreira, 1964, II, p. 43). Lo interesante en esta cita es que por «perpetuo giro» se aludiría a una intención más ambiciosa que la establecida por el gobierno metropolitano: alimentar los jardines madrileños, sí, pero dando a mutuo especies para el virreinato e incluso para poblar la montaña con variedades nuevas. En esta cita se puede seguir el hilo del discurso de Gonzales Laguna, interesado en crear un jardín útil tanto para la Península como para el virreino. No en vano hablará de la ambición local «por conducir a su patria cuanto puede coleccionar de vegetales exóticos» o de cómo se «hubiera enriquecido esta capital (Lima) si se hubieran logrado (aclimatar) todas [...]» (Calero y Moreira, 1964, XI, pp. 164-166).

Como bien ha mencionado Rodríguez García, esta divergencia entre los intereses criollos y peninsulares pronto afectó el nacimiento del Jardín Botánico asociado al Convictorio Carolino. Sus protectores, «dos acaudalados criollos», condicionaban su apoyo «siempre que su dirección recayera en Gonzales Laguna» (Rodríguez García, 2006, p. 222). Finalmente, el padre Gonzales Laguna sería comisionado para erigir dicho jardín, y fue nombrado corresponsal del Real Jardín Botánico de Madrid realizando de manera oficial en los predios cercanos al hospital de San Andrés lo que hasta ese momento había realizado de modo personal en la recoleta de los Agonizantes de la Magdalena: «logró sembrar todas las plantas y yerbas medicinales que pudieron encontrarse [...] y se procedió con seriedad a su cultivo y propagación cobrando mayor aliento los encargados a medida que conseguían otras y eran estimulados por viajeros como Heulaunde, Molina, Humboldt y Bonpland» (Mendiburu, 1931, p. 399).

Hipólito Unanue consideraba que, a pesar de la valiosa recolección del jardín limeño, la variedad de plantas por conocer era inmensa y dadas las tremendas dificultades para ampliarlas, solo salvables con la ayuda del Soberano, pues «la falta de veredas para penetrar en los espacios llanos y multiplicadas quebradas y pantanos profundos y bosques enmarañados han sido y son un obstáculo insuperable a su especulación atenta» (Calero y Moreira, 1964, II, p. 76).

Colaborarían con Gonzales Laguna en este empeño Juan Tafalla y Francisco Pulgar, miembros del regimiento Soria. La muerte de Gonzales Laguna truncó en parte este propósito, y le faltó al jardín botánico un protector y propulsor.

Aunado al afán por plantar el jardín se encontraba el interés por establecer la Cátedra de Botánica, amparada en una Real Orden de 1787. Resulta curioso el modo como el establecimiento de dicha materia se fue complicando al calor de «los conflictos entre el gobierno virreinal y la universidad, entre médicos y boticarios y sobre todos entre españoles y criollos» (Rodríguez García, 2006, p. 222).

El designado fue el peninsular y boticario Juan José Tafalla, quien había integrado tardíamente la expedición de Ruiz y Pavón. Su juventud suscitó en el virrey Croix justa inquietud. Así lo cuenta Ruiz, quien entrevistado con Croix al momento de su partida le expresó su deseo de que quedase en Lima uno de los expedicionarios mayores para establecer el jardín ordenado por S.M. «por contemplarse que el agregado Tafalla estaba demasiado tierno para desempeñar la Cátedra (de Botánica)», a lo que respondió Ruiz ser infundadas sus razones y estar ellos obligados en presentarse ante la Corte (Ruiz, 1952, p. 365). Los médicos veían con recelo a Tafalla por ser boticario, y los criollos por ser peninsular, a tal punto que en la oposición por la Cátedra de Botánica de 1795 fue derrotado por José Manuel Dávalos, aunque un par de años más tarde se le pudo ver impartiendo esta materia, probablemente por influencia del virrey (González Bueno & Rodríguez Nozal, 2003, p. 80). Según Steele, la presión por colocar a Tafalla en la cátedra de Botánica «o algo semejante» provenía de España. Ante la posibilidad de discontinuar los sueldos de los agregados de la expedición, Gómez Ortega (patrocinador de la empresa) señalaba:

Sin duda existe en Lima una cátedra simple o materia médica ocupada probablemente por un médico que apenas conoce de hierbas excepto sus nombres dados en las recetas y libros, por qué no dejar que el botánico agregado y el dibujante se hicieran cargo del puesto con la obligación de enseñar botánica teórica y práctica así como con la obligación de continuar las exploraciones botánicas en beneficio de Ruiz y Pavón (Steele, 1964, p. 153).

De esa manera, el embrionario Jardín y la Cátedra Botánica debían su existencia a la necesidad de mantener en estas tierras un enlace que suministrara el material necesario para la publicación de los resultados de la expedición en un tratado que se llamaría *Flora peruviana et chilensis*.

Otro espacio importante de investigación sería el laboratorio del barón de Nordenflycht. El virrey Avilés había dispuesto que Humboldt fuese alojado en la quinta campestre que Amat había construido para la Perricholi sobre la Alameda de los Descalzos. La espaciosa quinta actuaba a la sazón como vivienda y laboratorio del Barón de Nordenflycht. En los archivos limeños quedan abundantes rastros de las querellas que el mineralogista tuvo con la Villegas, despiadada casera otrora actriz y escandalosa amante del virrey Amat, que le entabló varios juicios e incesantes aumentos de rentas.

Nordenflycht había llegado a Lima en 1790 como introductor y director de la Real Comisión de los Metalúrgicos Alemanes, ordenada por Carlos IV para el relanzamiento de las minas de Potosí Huancavelica, Pasco y Hualgayoc, que se hallaban en fuerte decadencia. En la casa de la Alameda se estableció «un

laboratorio con talleres y aulas de trabajo e investigación» e incluso una abundante biblioteca que contenía, además de la *Enciclopedia Francesa*, una serie de libros prohibidos que la Inquisición rastrearía. Humboldt se familiarizaría allí con las obras de Haenke y Cosme Bueno y apuntes de Malaspina y La Condamine que aparecen señalados en su diario amén de otros «documentos apuntes y dibujos, libros técnicos e instrumentos de fina factura para observar fenómenos naturales de diversa índole, y de muestrarios de minerales y hasta ejemplares disecados de plantas» (Núñez, 2002, p. 249).

Fue dicha residencia espacio de encuentro con diversos personajes limeños de interés para Humboldt. Allí no solo trataría cotidianamente al sabio mineralogista y anfitrión, quien además de ser ocasional intérprete le informaría de la vida y circunstancias de la ciudad y le ayudaría con contactos, señalándole las eminencias locales. Así, desfilarían por las tertulias de la Alameda el padre Cisneros, vecino cercano «considerado el hombre más culto del virreinato», el matemático José Gregorio Paredes, el protomédico Juan José Aguirre, y el sabio, ensayador, y tan alabado científico Santiago de Urquizu. Para informarse sobre historia natural, y en particular de la botánica, se entrevistó, de acuerdo con su diario, con el misionero explorador franciscano y autor de planos de la montaña fray Narciso Girbal «hábil conocedor de las selvas tropicales», y los botánicos Tafalla y Manzanilla (Núñez, 2002, p. 251; Miró Quesada, 1966, p. 261).

Otros espacios importantes en su momento fueron la «casa de los sabios», como se denominó a la casa de la calle del Lechugal, casa de trabajo de Unanue. En ellas se reunían los miembros de la Sociedad Amantes del País. Dicha sociedad había sido fundada en 1790 por Baquijano y Carrillo, siguiendo el ejemplo de una serie de instituciones peninsulares semejantes dedicadas al conocimiento y promoción de la patria. En Lima lograron sacar adelante la publicación del *Mercurio Peruano*, que fue su órgano de expresión. Reunió a lo más graneado de la intelectualidad ilustrada limeña. A la sede de dicha institución acudieron en su momento los expedicionarios y botánicos Tadeo Haenke, Ruiz y Pavón, y Luis Née. Pero para 1802, época en la que Humboldt pasó por Lima, la Sociedad se hallaba dispersa, y los remanentes acudían a la casa residencial de Hipólito Unanue de la calle Estudios (Núñez, 1966). Larraburre y Unanue (1914) asegura que en la biblioteca de su antepasado, «en cuyo centro había una gran mesa con globos e instrumentos y rodeada de butacas, salón cuyas paredes estaban cubiertas por una estantería de libros que llegaban hasta el techo» (Larraburre y Unanue, 1914, p. VI), estuvo más de una vez el Barón de Humboldt, y que allí habría leído el *Mercurio*, consultado mapas, cartas, obras geográficas y materiales literarios como la Araucana (Humboldt, 1851, II, p. 69) y sin duda la *Guía política, eclesiástica y militar del Perú*, que Unanue publicaba desde 1793. Sin embargo, en el diario de Humboldt

solo se registra una entrevista entre ambos personajes «realizada solo por protocolo», y «los coloquios mantenidos habían sido bastante superficiales, pues los intereses de Unanue diferían de los específicos de Humboldt y como Cosmógrafo aún no tenía una cultura muy profunda, si bien era autor de la *Guía política del virreinato del Perú* (1793), aun no había escrito el *Clima de Lima* (1806)». Humboldt, quien solo mencionó una vez a Unanue en su diario, más tarde abunda en menciones a su programa de vacunación en el *Ensayo sobre la Nueva España* de 1827 (Núñez, 2002, p. 251; Miró Quesada, 1966, p. 263).

Unanue, por su parte, consignaría numerosas citas acerca de la obra de Humboldt en *Observaciones sobre el clima de Lima* (1806). Y en el catálogo de su biblioteca, al tiempo de la ejecución testamentaria, se puede comprobar que coleccionó varias de las obras del viajero alemán. Así, entre sus anaqueles figuraban «Humboldt, Plantas Equinociales en dos volúmenes»; «Humboldt, Viajes en castellano en 5 tomos» y «Humboldt Monumentos Americanos en inglés» (Núñez, 1973, II, p. 143), por lo que se deduce que hubo una mayor admiración mutua del que se pudiera apreciar a simple vista. Debe recordarse, además, que Humboldt apreció enormemente la obra de los mercuristas, al punto que le pidió al padre Cisneros que le facilitara dos colecciones del Mercurio Peruano que fueron enviadas a la Biblioteca Imperial de Berlín y a la casa de Goethe en Weimar (Núñez, 2002, p. 9).

## 2. LOS ESPACIOS DE DIFUSIÓN: EL MERCURIO PERUANO

El influjo de las reformas borbónicas, que escindían grandes porciones de territorio del Reino del Perú, llevó acaso a que sus habitantes tomaran conciencia de las diferentes secciones administrativas del continente. Sin embargo, se necesitaría un lapso mucho mayor para que esta división se hiciera presente en el imaginario local, especialmente cuando se refería a los extensísimos territorios que contenían esas ignotas especies vegetales cuya conquista procuraba el siglo. Caso claro de este dificultoso tránsito es la *Geografía del Perú* de Cosme Bueno, en la que se denomina Reino del Perú a casi todo el subcontinente. Este fenómeno debió ser aún más acentuado a nivel de las percepciones personales.

Estos enormes territorios se convertían para el hombre de las postrimerías del régimen colonial en tierras vírgenes donde hallar un nuevo Dorado, compuesto esta vez por especies ignotas de las que se podían apropiarse para su explotación económica. De allí que en los distintos medios impresos y en la esfera pública la noción del conocimiento y del aprovechamiento de la botánica comenzaran a ser tópicos comunes. Es muy probable que existiera una red paralela que funcionaba en base a la correspondencia entre los entendidos; la circulación de manuscritos y

de libros sobre la materia es un mecanismo que se encuentra aún por estudiar. Solo así se explica, por ejemplo, la atención que se dedicara en el *Mercurio Peruano* a los escritos sobre la quina del sabio gaditano afincado en Bogotá, Celestino Mutis, o de otras noticias sobre avances botánicos en la Península.

De estos intereses se hacían eco papeles impresos como el *Semanario Crítico* de Olavarrieta, de 1791, que aseguraba que los temas botánicos y de historia natural, al ser publicados en un papel periódico se convertirían en un:

[...] conocimiento suave, fácil y nada fastidioso, que sin problema ingresaba en el sarao, el negocio, la tertulia, el café o el almacén, sin detrimento del despacho de los negocios o del descanso, al servicio racional, del placer y del recreo de una madama, o de un artesano o un caballero según los talentos, despertando en todos ellos la curiosidad, a diferencia de los libros y volúmenes que sólo con la vista horroriza y aturde (Olavarrieta, 1791).

Lamentablemente, a pesar de estas manifestaciones iniciales, el *Semanario Crítico* no dedicó espacio alguno en sus páginas a la botánica o a la historia natural, pero a pesar de ello resulta interesante que en el imaginario del redactor ambas materias formaran parte de los posibles tópicos que un medio de difusión pudiera ofrecer a su muy variada lectoría.

El *Calendario y guía de forasteros*, el *Almanaque peruano*, *Conocimiento de los tiempos*, y la *Guía político administrativa* fueron publicados generalmente por los cosmógrafos mayores Juan Ramón Koenig, José Rehr, Cosme Bueno, Gabriel Moreno, Hipólito Unánue, Fernando Romero y José Gregorio Paredes, desde mediados del siglo XVIII hasta los años posteriores a la Independencia. Dichos almanaques servían como guía donde consultar los representantes de los cargos públicos, las fiestas de guardar, mareas y eclipses, así como efemérides. Muchos de ellos también llevaron anexos en los que se buscaba instruir a su público con variada información histórica y científica. Así, les acoplaron secciones de las relaciones geográficas de Cosme Bueno, apuntes de historia de la China y Mesopotamia, estudios sobre la naturaleza del agua y del aire, de las tempestades, de los minerales del Perú, del mal de rabia, los fósiles, las enfermedades locales, la luna y sus influjos, la tierra y los volcanes o una extraña epidemia de risa convulsiva. Sin embargo, salvo por algunas pequeñas alusiones, no fueron ni la botánica ni las expediciones botánicas tema que estos folletines encararan de forma específica.

Este rol estaría sin duda reservado al *Mercurio Peruano*, que pronto se convirtió en el medio privilegiado para la divulgación del conocimiento botánico que se iba adquiriendo en los territorios virreinales. Tal vez el más importante de los artículos representante de este interés sería «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú», firmado por Hipólito Unanue y analizado líneas atrás.

Pero el Mercurio también abrió sus páginas para la exposición científica y botánica más profunda. Uno de estos artículos fue la «Disertación sobre la naturaleza y los efectos del tabaco adornado con una breve idea del origen y progresos del Real Estanco de Lima» (IV, p. 35). La estructura de este artículo es todo un repertorio de los intereses ilustrados, pues se examinan los orígenes del tabaco, las posturas de los gobiernos, las costumbres populares y su detallado efecto sobre los humanos. Se efectúa un análisis botánico y químico, se examinan las sensaciones de gusto y olfato, los efectos producidos en el «sensorio común y en la vísceras internas». El estudio se lleva a cabo según los nuevos esquemas planteados por Linneo, y luego se pasa a examinar las calidades de los tabacos, sus lugares de producción actuales y posibles, y finalmente sus posibilidades económicas para el beneficio del reino y sus habitantes.

Del mismo tenor es la «Disertación sobre el aspecto, cultivo, comercio y virtudes de la famosa planta nombrada Coca por el doctor Hipólito Unanue» (XI, p. 205). El artículo abre un proemio donde se examina la botánica como ciencia para entender «el reino vegetal, un recuso seguro del Hacedor Soberano para mantener al hombre». Unanue consideraba esto como verdad evidente y recordaba como prueba que «el primer ensayo filosófico del entendimiento humano (Locke) tuvo por objeto al reino de las plantas». Esbozando una aproximación antropológica, estudia en las culturas antiguas la idolatría a las plantas y las plantas mágicas, enmarcando la coca en esta categoría al ser usada por los antiguos peruanos, que la asociaban a la divinidad, los oráculos, las apachetas y el uso de la realeza, sembrado sus sementeras en los santuarios. Realiza luego un análisis según la botánica sexualista y las nuevas tendencias científicas, y culmina señalando que aunque algunos extranjeros la han estudiado, el artículo corresponde exclusivamente a sus propias observaciones.

Realiza la división del arbusto, los efectos que produce la coca, la forma de su cultivo, el tráfico que ella genera y el examen de sus virtudes y las características del fruto; estudia los medios como los indígenas la siembran y cómo hacen el surco; propone otros métodos y estudia su efecto sobre la tierra, el secado de las hojas, las zonas de consumo en Sudamérica, las estimaciones de la exportaciones para el uso minero, los modos del *chacchado*. Incluye una ilustración botánica y un poema a la coca y sus virtudes. Propone la tintura de coca y estudia los efectos sobre la membrana del pulmón y la temperatura del cuerpo. Concluye señalando: «Yo no desespere que vengan tiempos en los que se haga el más opulento comercio de la coca para los ingleses, dinamarqueses, suecos, rusos y lapones [...] pues es intrasmisible a regiones extrañas [...] para quienes hará el mejor maridaje de ella en el uso de la cidra y de la cerveza» (XI, pp. 205 y ss.).

En el artículo «Observaciones y conocimientos de la Quina, debidos al Doctor Celestino Mutis» (XII, pp. 211 y ss.), los estudios de Mutis intentan solucionar el

problema generado por años de desordenado comercio en Europa y el descrédito que se había generado entre los médicos por la confusión de variedades y especies de la planta y los defectos de su extracción. Ya el doctor Pedro Nolasco Crespo había presentado en el Mercurio Peruano una «Carta apologética sobre la quina o cascarilla», tratándola de defender de malos usos y acusaciones (VIII, p. 148).

El notable, extenso y muy científico artículo de Celestino Mutis es un ejemplo de difusión de las novedades botánicas al más alto nivel científico. Este artículo sintetiza más de veinte años de estudio, identificando las malas prácticas de la cosecha, las plantas confundidas y los nuevos lugares de abasto para salvar la deforestación de los montes de Loja. Señala cuatro especies funcionales u oficinales de quina, cada una de color diferente —blanca, amarilla, naranja y roja— y con virtudes y tratamientos distintos. Se hace un estudio y experimentación con pacientes de cada una. La naranja es la original febrífuga y balsámica; la roja, indirectamente febrífuga, buena para las gangrenas y bubas pestilenciales; la amarilla buena para contener la putrefacción espontánea y las calenturas continuas; la blanca, para las escrófulas y calenturas inflamatorias. Propone nuevos métodos para preparar la quina en base a cerveza, cerveza polycresta, vinagre, tisanas, lavativas, elixir, quinas purgantes, jarabes. Concluye con un análisis de las exportaciones de 1785 a 1794 y una estimación de los costos de su producción y beneficios. Este estudio entraría en evidente contradicción con la quinología de Hipólito Ruiz, y generó un abundante debate entre ambos estudiosos y sus respectivos seguidores sobre lo acucioso de las observaciones y la primacía de sus descubrimientos. A la postre, primaría Hipólito Ruiz y las calidades de la quina peruana sobre la de Loja.

No descuidó el Mercurio Peruano la educación general de la botánica y así dedicó a este tópico un artículo firmado por JC (probablemente Joseph Coquette): «Ensayo sobre la estructura y física de los vegetales» (V, p. 24). Señalaba el mercurista: «Su estudio agradable a primera vista, se hace un espectáculo maravilloso que arrebató y fixa a los que siguen sus diferentes generaciones» y pasaba luego a relatar el alcance de los estudios de Malpighi, Grew, Duhamel y el *inimitable* Linneo. Continuaba con una descripción de la botánica, explicación de las partes de la planta, la explicación de la flor, los frutos y las semillas bajo la teoría sexualista que tanto ardor despertara en los salones europeos y culminaba explicando el proceso de la exhalación del Oxígeno y la necesaria función de la luz del sol para el crecimiento y «movimiento orgánico de las plantas». Quedaba de este modo instruido el público del Mercurio Peruano mediante un curso general de botánica, apto para una audiencia amplia.

El padre Francisco Gonzales Laguna reclamaba en su artículo «Necesidad de la historia natural científica» (X, 25 y ss.), su difusión y enseñanza. Considerada por muchos como «pueril, impertinente e inútil» y no protegida ni por el Estado

político ni el eclesiástico, ni merecedora de cátedras en las universidades ni aulas en las escuelas. Proponía que la botánica no debía ser menospreciada frente a la cosmografía y la geografía, ya que el hombre, «viendo la superficie de la tierra cubierta de vegetales los considera más cuanto más lo examina y revuelve. No puede un buen entendimiento entregarse a la indagación del origen, generación, nutrición fin y destino de las plantas sin quedar estático y arrebatado de aquella sabiduría causa de las causas y tributarle humilde sus respetos», y nuevamente realizaba una explicación del método clasificatorio de los vegetales y de su forma de reproducción sexual siguiendo los esquemas de Linneo.

Pero el llamado al estudio de la botánica y la exhibición de sus progresos en el Perú llegó mucho más lejos de lo que algún mercurista osara imaginar. Debido a una expedición pirática, una colección incompleta del Mercurio Peruano alcanzó tempranamente las costas inglesas y motivó su traducción y publicación a cargo de Joseph Skinner. Así, apareció en 1805 bajo el título *The Present State Of Peru: Comprising Its Geography, Topography, Natural History, Mineralogy, Commerce [...]*. Al año siguiente la prensa francesa traducía dicho texto, publicándolo como *Voyages au Pérou, faits dans les années 1791 à 1794, par les PP. Manuel Sobreviela, et Narcisso y Barcelo, précédés d'un tableau de l'état actuel de ce pays, sous les rapports de la géographie, de la topographie, de la minéralogie, du commerce, de la littérature et des arts, des moeurs et coutumes de ses habitans de toutes les classes*, firmada esta vez por John Skinner. Las colecciones completas del Mercurio Peruano que el padre Cisneros había alcanzado a Humboldt y que este hubo remitido a Goethe permitieron que en 1808 en Weimar apareciera la primera traducción alemana del Mercurio. Esta traslación corría completa al adjuntarse lo ya traducido al inglés por Skinner, con los artículos originales faltantes a cargo de E. A. Schmidt. El título sería esta vez *Peru nach seinen gegenwartigen Zustande dargestellt aus dem Mercurio Peruano* (Núñez, 1937, p. 23). Así, la Sociedad de Amantes del País debió a un navío extraviado en un oscuro incidente corsario la fama multilingue de sus artículos mercuristas y el conocimiento internacional de los avances de la botánica en el Perú.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bueno, Cosme (1951). *Geografía del Perú virreinal* (siglo XVIII). Lima: s.e.
- Feuillée, Louis Encoches (1714). *Journal des observations physiques, mathématiques et botaniques: faites par l'ordre du Roy sur les Côtes Orientales de l'Amerique méridionale, & dans les Indes Occidentales, depuis l'année 1707, jusques en 1712*. París: P. Giffart.
- Frezier, Amedee (1982). *Relación del viaje por el mar del Sur*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- González Bueno, Antonio & Raúl Rodríguez Nozal (2003). *Crónica de la Expedición. En La botánica al servicio de la Corona: la Expedición de Ruiz, Pavón y Dombey al virreinato del Perú (1777-1831)*. Barcelona/Madrid: Lunweg/Caja Madrid.
- Hamy, Ernest-Théodore (1905). *Joseph Dombey, médecin, naturaliste, archeologue, explorateur du Pérou, du Chili et du Brésil*. Paris: Librairie Orientale & Americaine.
- Humboldt, Alejandro von (1851). *Cosmos ó ensayo de una descripción física del mundo*. Madrid: Establecimiento tipográfico de D. Ramón Rodríguez de Rivera.
- Humboldt, Alejandro von (1980). *Cartas Americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Juan, Jorge & Antonio de Ulloa (1748). *Observaciones astronómicas y físicas hechas por orden de S Mag. En los Reinos del Perú de los cuales se deduce la figura, y magnitud de la tierra y se aplica a su navegación*. Madrid: Juan de Zúñiga.
- La Condamine, Charles-Marie (1993). *Viaje a la América Meridional por el río Amazonas: estudio sobre la quinua*. Quito: Abya-Yala.
- Lafuente, Antonio de la & Eduardo Estrella (1993). Prólogo al *Viaje a la América Meridional por el río Amazonas : estudio sobre la quina / Charles-Marie de La Condamine*. Quito: Abya-Yala.
- Larraburre y Unanue, Eugenio (1914). *Obras científicas y literarias de Hipólito Unánue*. 3 tomos. Barcelona: Tip. la Académica, de Serra hnos y Russell.
- Malaspina, Alejandro de (1989-1994). *La Expedición Malaspina*. 9 tomos. Barcelona/Madrid: Lunweg/Ministerio de Defensa y Museo Naval.
- Mendiburu, Manuel de (1931). *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Adiciones y notas bibliográficas publicadas por Evaristo San Cristobal. Lima: Imprenta Enrique Palacios.
- Calero Moreira, Jacinto (1964 [1790]). *Mercurio Peruano de historia, literatura y noticias públicas que a nombre de una Sociedad de Amantes del País, y como uno de ellos promete dar a luz don Jacinto Calero y Moreira*. Edición facsimilar. 12 volúmenes. 1791-1795. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- Miró Quesada, Aurelio (1966). *20 temas peruanos*. Lima: s.d.
- Núñez, Estuardo (1937). La versión alemana del Mercurio Peruano. *Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Central de la UNMSM*, 9(1), 27-30.
- Núñez, Estuardo (1966). Alejandro de Humboldt. *Biblioteca hombres del Perú*, IV Serie (XXXIV, pp. 1-74). Lima: Universitaria.
- Núñez, Estuardo (1971). *Relaciones de Viajeros*. Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP), tomo XXVII. Lima: Jurídica.
- Núñez, Estuardo (1989). *Viajes y viajeros por el Perú*. Lima: CONCYTEC.

- Núñez, Estuardo (1995). Las tres escalas de Malaspina en el Perú. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 541, 191-200.
- Núñez, Estuardo (2002). Humboldt en Lima. *Acta Herediana*, 32, 247-263.
- Núñez, Estuardo (ed.) (1973). *Relatos de viajeros*. Volumen 27 de la Colección Documental de la Independencia del Perú. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Odrizola, Manuel de (1872). *Colección de documentos literarios del Perú*. Colectados y arreglados por Manuel de Odrizola. Tomo III. Lima: Aurelio Alfaro.
- Olavarrieta, Juan Antonio (1791). *Semanario Crítico*. Lima: Imprenta de los Niños Huérfanos.
- Pelayo, Francisco (2003). Las expediciones científicas francesas y su influencia en la España del siglo XVIII. En *La botánica al servicio de la Corona: la expedición de Ruiz, Pavón y Dombey al virreinato del Perú (1777-1831)* (pp. 15-49). Barcelona/Madrid: Lunweg/Real Jardín Botánico.
- Rodríguez García, Margarita Eva (2006). *Criollismo y Patria en la Lima Ilustrada (1732-1795)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Rodríguez Nozal, Raúl (2003). Una flora para el Rey. En *La botánica al servicio de la Corona: la expedición de Ruiz, Pavón y Dombey al virreinato del Perú (1777-1831)* (pp. 135-169). Barcelona/Madrid: Lunweg/Real Jardín Botánico.
- Ruiz, Hipólito (1792). *Quinología*. Madrid: Oficina de la Viuda é hijo de Marín.
- Ruiz, Hipólito (1801). *Suplemento a la Quinología*. Madrid Oficina de la Viuda é hijo de Marín.
- Ruiz, Hipólito (1952). *Relación histórica del viage, que hizo a los reynos del Perú y Chile, el botánico D. Hipolito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regresó a Madrid*. Edición de Jaime Jaramillo-Arango. Madrid: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.
- Sagredo Baeza, Rafael (2004). *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*. Santiago de Chile: Universitaria/Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Steele, Arthur Robert (1964). *Flowers for the king: the expedition of Ruiz and Pavón and the flora of Peru*. Durham: Duke University Press.
- Tauro del Pino, Alberto (1987). *Enciclopedia Ilustrada del Perú*. Lima: Peisa.